

Presidente de la Organización Latinoamericana y Caribeña de Centros Históricos

From the Selected Works of Fernando Carrión Mena

August 17, 2011

Los mitos de la inseguridad

Fernando Carrión Mena, Arq.

ritario frente a los ciudadanos, pero eso puede ser un factor que viene de doble vía. Si bien existe una causa articulada que responde a que la gente siente más inseguridad por efectos de tener mayor victimización, también puede ser alimentada por el conflicto político. Si en algo se ha basado la oposición, para hacer un poco de daño sistemático al Gobierno, es en la inseguridad. En este sentido, la respuesta por parte del Estado no obedece a una estrategia de largo plazo sino a la coyuntura de la política nacional.

Por otro lado, según el informe de SIGOB, Quito sería la ciudad más insegura del país, superando a Guayaquil. ¿Cuál sería su opinión al respecto? Ciertos delitos, como por ejemplo asaltos a la calle parecen tener un repunte frente a Guayaquil. Pero a lo que respecta al tema de asesinatos, Guayaquil nos dobla. Realmente cuando uno habla de inseguridad tiene que ver toda la estela de la problemática, hay ciertos delitos que se han dado con mayor fuerza en la ciudad y los tenemos identificados.

En el Distrito se está manejando una iniciativa compuesta en el sentido de tener mayores equipos de vigilancia, pero también brindar capacitación para los comités ciudadanos, esperando llegar a final de este año a mil comités capacitados. ¿Cómo se explicaría esta iniciativa?

Básicamente, ésta ha sido la estrategia del Municipio, articular varias iniciativas en muchos métodos. Sin embargo, el Municipio ha venido a compensar lo que el Gobierno en sí no ha invertido en la ciudad, ni en la policía. Entonces, se ha solventado este tipo de iniciativas, y obviamente, otro tipo de programas que van desde participación comunitaria hasta temas de espacios públicos.

Tras haber analizado este conjunto de situaciones, ¿qué perspectivas tiene sobre la seguridad ciudadana en el Ecuador?

El gran problema es que ciertos niveles de inseguridad se han incrementado, sobre todo en regiones como la Costa y la Sierra Norte. Además, tenemos la nueva burocracia que está formándose alrededor del tema de seguridad. Mientras se tiene un gobierno local más consolidado, se tiene un gobierno nacional un poco más debilitado, con una rotación alta de funcionarios públicos alrededor del sistema.

Por último, ¿Cuál sería su mensaje para la sociedad civil?

Si bien es cierto que la seguridad es un tema que preocupa y nos afecta a todos, gran parte de la problemática actual es la politización de la seguridad. Se está manejando una visión bastante apocalíptica de la seguridad, pero esa visión al final del día termina rebotándole a uno mismo. Es decir, no sólo afecta a un gobierno, afecta a toda la sociedad. En consecuencia, la ciudadanía no debería caer en juegos mediatistas e hiperpolíticos, que muchas veces la misma prensa y la opinión pública generan. Considero que hay un efecto perverso, ya que los medios no se dan cuenta que este bombardeo de información genera efectos negativos, como el aumento de la intolerancia y de la violencia, agudizando aún más la problemática. No podemos negar que se evidencia un incremento importante en ciertos índices de inseguridad, pero también es importante reconocer que existe un lenguaje sobredimensionado en los medios ^{Un}

*Director del Observatorio Seguridad Ciudadana del Distrito Metropolitano de Quito (OMSC).



OPINIÓN

Los mitos de la inseguridad

Fernando Carrión Mena

A diferencia de lo que ocurría en décadas pasadas, como nunca y con fuerza inusual han aparecido en estas semanas un conjunto de mitos respecto de la inseguridad ciudadana en el país y, lo más grave de ello, que las políticas oficiales y las de la oposición se asientan sobre ellas.

Sin duda, el primero y más importante es aquel que tiene que ver con el peso que se asigna a las demandas de seguridad venidas de la población, por encima de los hechos de violencia objetivamente producidos; en otras palabras, entre la violencia subjetiva y la violencia objetiva, la primera tiene prioridad sobre la segunda. Hoy, las políticas se diseñan más por la presión de la demanda que por el conocimiento real de los actos de violencia; allí están, por ejemplo, el peso de las encuestas de opinión pública, los titulares de los medios de comunicación, el peso de las marchas blancas o plantones y las declaraciones de los partidos políticos. Es decir, un mito que se sustenta en la necesidad de satisfacer de manera inmediata la venganza de la víctima, por sobre la realidad de la seguridad y la justicia.

De este primer mito, nace el segundo: negar que la violencia y, también, las medidas para controlarla son políticas. Responder a la demanda con una oferta creciente de mano dura no es otra cosa que una expresión política que pretende generar legitimidad de las instituciones, las autoridades y las políticas, a sabiendas de que estas medidas no surtirán un efecto sostenido en el tiempo y, a lo sumo, sólo crearán "burbujas de seguridad", que muy rápidamente se desvanecerán. ¿Cuándo una política pública no ha sido política? La Policía —por definición— es una institución que está a las órdenes de una autoridad política. Si, por un lado, el oficialismo tiene a mano las Fuerzas Armadas y la Policía, lo que hará será sacar a la calle a sus efectivos para mostrar su compromiso con la ciudadanía y, por otro lado, la oposición ofrecerá el endurecimiento de penas, la xenofobia y el chauvinismo de fronteras.

De allí que no sea nada raro que aparezca un tercer mito vinculado a los dos anteriores: la imprescindible aprobación de unas cuantas reformas al Código Penal, como son: el endurecimiento de las penas, la reducción de la edad de imputabilidad penal y la eliminación de los mecanismos de caducidad penal, entre otros. Como si con la sola aprobación de estas reformas al marco jurídico la violencia se reducirá; más cuestionable aún si —según el relator de Naciones Unidas— la impunidad en el país es de 98,7% y las cárceles están altamente hacinadas; es decir, más que un problema de leyes es un tema de eficiencia en la administración de Justicia. El populismo penal nunca ha resuelto los problemas de violencia, aunque a corto plazo ha permitido la legitimidad política de sus defensores.

El cuarto mito se refiere al hecho de que la presencia militar y policial en las calles es suficiente para el control del delito. Hoy, la violencia es muy distinta a la que teníamos hace no más de 10 años; ahora se trata de un delito local que nace de una organización que es más global y con mayores enlaces con otros delitos. Por eso, en el presente, se requiere un nivel de inteligencia más sofisticado; de un sistema institucional global con estrategias explícitas y de un sistema penal acorde a esta realidad ^{Un}